

Revista de Costa Rica

(Publicación Mensual)

AÑO II

SAN JOSÉ, COSTA RICA, DICIEMBRE DE 1920

No. 4

Director Propietario: J. F. TREJOS QUIRÓS. — Apartado de Correo No. 950

Capítulos de historia patria

Primer viaje por mar

a Santiago de Talamanca (Marzo de 1607)

Por Carlos Gagini

Juan García Cordero, natural de la villa de Mompox, en las inmediaciones del río Magdalena del reino de Nueva Granada, se trasladó al puerto de Cartagena endonde se dedicó al comercio de cabotaje en embarcaciones construidas por él mismo, pues era a la vez tan hábil armador como experto arráez o maestro.

No debía de andar muy sobrado de dinero a juzgar por la carta de pago que con fecha 12 de Enero de 1604 extendió a favor de Gregorio Tiscornia, a quien había comprado tres jubones de telilla de Nápoles, una libra de seda de colores, seis docenas de gargantillas y una ropilla, por valor de cincuenta y seis patacones de a ocho reales, que se obligó a pagar el 1.º de Mayo de ese año.

No poco arrojo se necesitaba entonces para surcar aquellos mares infestados por los piratas ingleses, y es lástima que Juan García Cordero no nos haya dejado la relación de sus encuentros con ellos. Porque no hay duda que los tuvo. Lo prueba la orden que el 16 de Junio de 1604 expidió a las autoridades de Costa Rica el Gobernador don Juan de Ocón y Trillo para que facilitasen al dicho Juan García cuatro indios carpinteros, uno de *Barba*, otro de *Currirabá*, el tercero de *Adeerri* y el cuarto de *Tucurrique* para que le ayudasen a aderezar «una fragata que le quemó el inglés» en el puerto de Suerre y que era probablemente la bautizada con el nombre de «Nuestra Señora de Guadalupe».

Tales contratiempos no desalentaron al audaz marino, y el 10 de Febrero de 1607 solicita permiso de los oficiales reales de la ciudad de Cartagena para hacer un viaje a Suerre, con escala en *Coclé* o Belén (en Veragua), en su nueva fragata *San Diego*. Sus tripulantes eran los marineros Agustín Constancio o Costanzo, Juan Bautista (veneciano), Juan Morera, Pedro Ruíz, Juan de Vargas Pacheco, Bernabé Bilches, Pedro Hernández, Francisco Jaimes y

los grumetes Francisco Rodríguez de Bilches, Lucas González de Alfaro y Bartolomé Garrido, sobrino del capitán o arreaez del barco. Como pasajeros se embarcaron el alférez Juan de Mobilla, Juan López Santana, Pedro García Ruíz y un fulano Chaves, todos comerciantes, y el soldado Francisco Gutiérrez.

En Veragua tuvo noticia Juan García de una población de españoles recién fundada en el valle del Duy, y de acuerdo con toda la tripulación y pasaje resolvió ir en busca de la nueva ciudad, en donde, además de poder cambiar sus mercancías por frutos de la tierra, harían un gran servicio a aquellos compatriotas aislados en medio de millares de indios rebeldes.

En la segunda semana de Marzo de 1607 echó ancla el *San Diego* en el puerto de *Punta Blanca* en la desembocadura del Tarire (hoy Sixola), bahía abrigada y apacible, y después de asegurar la embarcación con tres cabos o calabrotos, envió dos hombres a tierra a ver si encontraban indios que sirviesen de guías; pero aunque anduvieron hasta el anochecer, no vieron ninguno.

Entonces el patrón del barco resolvió ir con cinco marineros río arriba en un bote en busca de la ciudad, que no era otra que Santiago de Talamanca, fundada el año anterior por don Diego de Sojo, a unas doce leguas de *Punta Blanca*. Aprobaron todos tal determinación, cuanto más que la expedición según los cálculos del marino, no duraría más de cinco o seis días; y entonces Juan García, dejando como Jefe de la fragata a Juan López Santana, puso la proa de la barca a la boca del Tarire.

A bordo del *San Diego* había víveres suficientes para más de una semana: una fanega de maíz y biscocho, tres jamones y medio, varios quesos, tajo, conserva, miel y gran cantidad de calabazas (ayotes). De los tripulantes quedaron en la fragata Agustín Constancio, Bernabé de Bilches, que estaba enfermo, y el grumete Bartolomé Garrido.

Serías dificultades halló Juan García para remontar el río, porque le era contrario el viento y además él iba sondando con el fin de ver si era posible llevar la fragata hasta la ciudad, de suerte que no pudo llegar a ella sino once días después del de su partida. Indecible fué el júbilo de los talamanqueses y de su gobernador don Diego de Sojo al ver a sus compatriotas, y mayor aún cuando se enteraron de que en Punta Blanca quedaba una fragata provista de artículos de que ellos tanto carecían. Habiéndole salido a Juan García unas úlceras dolorosas, dispuso enviar por tierra una comisión compuesta de marineros, vecinos e indios a dar a los de la fragata la buena nueva, y dos días después partió él en su barca.

Al llegar a Punta Blanca los expedicionarios se miraron unos a otros llenos de estupor. ¡La fragata había desaparecido! En vano subieron a una eminencia y escudriñaron el horizonte: no se veía vela alguna. ¿Se habrá hundido? Imposible: el puerto era manso y la embarcación tenía excelentes amarras.

De pronto reparó Juan García en un objeto que blanqueaba en el tronco de un árbol. Era una tabla a la cual estaba pegado un lienzo o cañamazo con este letrero en grandes caracteres: «A Suerre nos vamos. Siga su fortuna por esta costa adelante».

¿Qué había ocurrido en la fragata? Vamos a decirlo. Pasados los cinco días calculados para llevar a término la exploración, comenzaron a inquietarse los pasajeros, temiendo que le hubiese ocurrido alguna desgracia al patrón del barco y que a ellos les iban a faltar los víveres. En previsión de un saqueo, Agustín Constancio guardó las provisiones en un cajón, sobre el cual dormía, y puso a ración a sus compañeros. Estos celebraron consejo y pidieron su parecer a Constancio, por ser el único hombre de mar que había a bordo; el cual, no dudando ya de que García Cordero había sido muerto por los indios alzados, pues habían transcurrido ya nueve días desde su partida, dijo que él se comprometía a llevarlos a Belén si le ayudaban todos en la

maniobra y le daban a la bomba, porque el barco hacía agua; pero que si se empeñaban en ir a Suerre, haría todo lo posible por encontrar dicho puerto, aunque nunca había entrado en él. Resolvióse, pues, levar anclas y salir; pero el tiempo se puso tan malo que por poco se pierde el barco y hubo que volverlo a su fondeadero.

Pensóse entonces en hacer el viaje a Suerre por tierra, dejando las mercaderías escondidas y al abrigo de las lluvias, y con tal propósito desembarcaron Pedro Ruiz, Chaves y Bilches para explorar la costa por el lado norte. Encontraron una ensenada pequeña, con indicios de desaguar en ella un río, y más allá una extensa playa; pero no atreviéndose a aventurarse sin víveres en una región desconocida, volvieron al primitivo plan de hacerse a la mar. Para levantar el decaído ánimo de sus compañeros y suplir la deficiencia de la alimentación, Pedro Ruiz sacó de la bodega algunas de sus muchas botijas de vino, que pronto se vaciaron.

Celebróse nuevo consejo y se acordó confiar la dirección del *San Diego* a Agustín Constancio, el cual, para descargarse de toda responsabilidad, redactó un escrito, ayudado por López Santana, en el cual ambos hicieron constar que procedían así con la aprobación unánime de tripulantes y pasajeros. Y como todavía vacilasen algunos, dijo el soldado Francisco Gutiérrez: «Señores ¿por qué no nos vamos de aquí? Que si no quieren que salgamos de aquí, cortaré los cabos». Y como le objetasen su mal proceder, añadió: «Esto hago yo en provecho de vuestras mercedes, que tienen de qué les echen mano y tienen hacienda, e yo no, que no tienen de qué, y no me han de ahorcar ni echar a galeras, que yo quiero salvar mi vida».

El 25 de Marzo—día de Nuestra Señora—coincidencia que tuvieron por buen agüero, se hicieron a la vela con tiempo bonancible y fueron costeano sin ver señales de puertos ni ríos caudalosos. La noche fué mala; pero el 26 a medio día el grumete que vigilaba desde la cofa avisó que a proa se veía agua turbia, señal de un río considerable, y muchos bajíos, noticia esta última que llenó de zozobra a los pasajeros.

—«Montemos aquella punta y entraremos en el puerto»—dijo Constancio.

—«No queremos sino que varéis la fragata, que más queremos pagalla que no que nos ahoguemos»—gritaron varios.

—«Várela»—añadió Mobilla—que ahí va mi ropa que vale mil pesos para pagar la fragata».

No tuvo el piloto más remedio que ceder, y arrimando la fragata a la orilla echó el ancla en un fondo de tres brazas y varó el barco, después de haber sacado las mercaderías sobre cubierta para salvarlas. Construyeron luego una barraca en donde las almacenaron y allí pasaron la noche. Estaban, no en Suerre, sino a un cuarto de legua de la boca del *Taure* (hoy río Colorado.)

Como esa noche se hizo pedazos la fragata y los tablones amanecieron dispersos por la playa, los naufragos siguieron hacia el Norte y vagaron diecinueve días, sustentándose con los bastimentos sacados de la embarcación y con plátanos que encontraron por aquellos parajes.

¿Qué hacía entretanto el patrón del *San Diego*? Guardó cuidadosamente el lienzo en que estaba la inscripción y salió de Punta Blanca en su bote con sus cinco marineros con rumbo a Suerre, adonde llegó con toda felicidad. No viendo allí su buque, envió por tierra dos de sus hombres a explorar la costa hasta el Desaguadero, los cuales regresaron al cabo de algunos días con la noticia de haber hallado despedazada la fragata en la boca del *Taure*. Juan García se dirigió al lugar del siniestro, sin encontrar allí persona alguna. Así que hubo reparado la barraca para que no se mojase la ropa, se fué al puerto de San Juan, de donde regresó quince días más tarde para visitar de nuevo su cargamento. Su sorpresa fue grande al ver instalados en la barraca

a Pedro Ruíz, Bernabé de Bilches y Agustín Constancio, quienes le refrieron que los demás habían seguido para Nicaragua por el Desaguadero y ellos volvieron en una balsa. Bilches, además refirió a su patrón que J. López Santana antes de marcharse había abierto una caja de Juan García y extraído de ella una barrita y unos pedacitos de oro que valdrían doscientos pesos, y que Francisco Gutiérrez había tomado del equipaje de García y checo unas camisas, calzones y medias.

Cuatro días hacían que estaban en la barraca los susodichos cuando llegaron los otros en unas canoas en compañía de soldados que el gobernador de Nicaragua enviaba a correr la costa.

Los delincuentes, al ver a Juan García, le armaron pendencia y quisieron acabar con él; pero el marino encontró a mano una alabarda o partesana con ella se defendió, hasta que intervinieron los soldados, y unos de ellos Gaspar de los Reyes, vecino de Granada, se hizo cargo de las mercaderías y de presentar a las autoridades de aquella ciudad los reos Mobilla, Gutiérrez y López Santana.

Juan García Cordero regresó con los otros a Suerre: allí Miguel de Iñalobos, alcalde de aquel puerto, siguió la información el 22 de Mayo de dicho año de 1607, en una isla fluvial que está a dos leguas de la boca del río (*) y que se llamaba la isla de *Nuestra Señora del Cañabete* o *Cañibete*.

Con los escasos bienes que pudo recobrar, fue Juan García a establecerse en Santiago de Talamanca, en donde prestó notables servicios, ya como soldado, ya ayudando a reparar el fuerte y como armador. Él fué el primero que construyó una fragata en Talamanca, en la cual hizo un viaje al puerto de San Felipe y trajo de allá municiones y bastimentos, prestando además buque—calafateado con cabuya y hule, a falta de estopa y brea—para pacificar las islas del Almirante.

Su ejemplo fué imitado por otros vecinos. Salvador de Torres construyó otra fragata en la que fué a Cartagena en 1610 a traer a la esposa de Juan García Cordero—doña Catalina de Monterroso—y a sus dos hijos hasta la ciudad de Granada, desde la cual irían por tierra hasta Cartago.

Estaba de Dios que Juan García no había de volver a ver a los suyos. Para premiar sus servicios el gobernador le había dado en encomienda a cuenta indios *Viceitas*, cuya única obligación era hacer cada año una milpa para la manutención de su encomendero, trabajo que ejecutaban de mala gana no obstante el buen trato y regalos que de él recibían.

Por aquel año, hallándose ocupado don Diego de Sojo en la conquista del valle de *Uzabaró*, fué acometido de multitud de indios rebeldes, a quienes logró rechazar después de dura refriega. Inmediatamente envió aviso a Talamanca para que ningún vecino saliese del fuerte y estuviesen todos prevenidos en previsión de un asalto. La orden llegó demasiado tarde. Ese mismo día (23 de Julio) por la mañana habían salido Juan García y Diego de Acosta, invitados por los *viceitas* para ir a coger el maíz de la milpa, y no más volvieron. Nadie supo jamás como ocurrió su trágico fin.

La casa del marino, como todas las de la población, fué incendiada por los indios sublevados y a duras penas se logró poner en salvo algunos de los bienes que con los de los otros vecinos fueron depositados en el fuerte. Aquí él inventario de ellos y el precio a que se vendieron en pública almoneda para pagar noventa y dos pesos que el difunto debía al carpintero ribera, Domingo López, por construcción de una fragata: Dieciséis pesos medio en plata y chaquiras; dos libras de pita hilada, en \$6 y medio; jubón y unos calzones de crea \$4. Unos talabartes o tiros de plata \$4.

(*) Este detalle es muy importante para determinar cuál de nuestros ríos se llamaba en ese tiempo.

(1) *Cañibete* es en castellano antiguo «cuchillo pequeño».

spada \$ 3. Cuatro camisas de ruán \$ 7. Unos calzones de ruán \$ 1. Un calzón y una ropilla de jergueta frailesca y un ferreruelo \$ 16. Un calzón de borlón \$ 1. Un jubón de crea, 4 reales. Un par de medias de lana \$ 2. Otro de algodón \$ 2. Dos pares de medias y unos escarpines de ruán, 6 reales. Dos manteles y una servilleta, \$ 1 y 7 rs. Dos tocas de mujer, 4 rs. Un jabón de melinje, 12 rs. Una almohada 2 rs. Una sábana de melinje \$ 3. Otra de ala de maracayo \$ 1. Una frazada \$ 4 y medio. 15 rosarios negros \$ 1 y 7 rs. Uno blanco, 10 rs. Un sombrero negro \$ 2. 12 estampas de Roma, 4 rs. Tres establos de santos, 6 rs. Cien agujas de coser, 4 rs. Un cuello, \$ 1. Dos escolillas para ropa, 4 rs. Una frazada de algodón, 13 rs. Un colchón y una almohada con su acerico \$ 5. Una zachera 4 rs. Unas botas viejas 3 rs. Dos agujas de marear, 12 rs. Un cuchillo y unas tijeras, 1 rl. 78 machetes, \$ 27 y 2 rs. Una botija de sal, 10 rs. Pedazos de hierro y acero (ocho quintales) 2 rs. Una caja, \$ 3. Un libro de memorias, 1 rl.

Doña Catalina de Monterroso, su esposa, al saber la fatal noticia, resolvió quedarse en Granada, donde murió poco después su hijo menor. El mayor, llamado Francisco, vino a Costa Rica, sirvió como buen soldado en varias expediciones a Talamanca y fué cabo en el presidio (guarnición) de Chirripó.

En 1624 hizo levantar una información sobre sus servicios y los de su padre, conservada en nuestros Archivos Nacionales junto con la relación circunstanciada del viaje que hemos referido.

Un cordero con apariencias de tigre

Por Rafael Villegas

(Hoja arrancada de mi cartera)

Todos los vecinos de San José, por no decir todos los habitantes de la República, que allá por el año de 1880 habían cumplido la edad de la razón, conocieron sin duda a uno de los hombres más populares que ha habido en Costa Rica, y cuya popularidad tiene la ventaja, para la biografía del héroe, de no haberle costado nada ni a él ni a nadie. ¡Dichosos hombres, y raros también, esos que vienen predestinados a grabarse en la memoria de varias generaciones, sin necesidad de que en su *haber* figure un acto prodigioso que los consagre, o en su *debe* una trastada enorme que les eche encima el clamor del anatema!

Lo cierto es que don Jesús Alvarado, el Coronel Alvarado, o más corrientemente el *Macho Alvarado*, fué durante la década de 1870 a 1880 el hombre más popular del país, sin excluir de la comparación con él al mismo don Tomás Guardia, que era personalmente menos conocido que el Macho.

Cuando don Jesús, tomando sus aperitivos en una cantina, soltaba una de sus carcajadas, sonoras como los ecos de una tormenta, temblaban todas las casas de las manzanas circundantes, y los vidrios de las ventanas quedaban crepitando como después del estruendo de un cañonazo: y cuando, en grata reunión de amigos, tomando siempre de vez en cuando una copita, relataba hazañas ignoradas por los cronistas, que él vió ejecutar a soldados anónimos contra los filibusteros de Walker, su voz crecía ronca como un trueno que va llenando los ámbitos, y se le podía escuchar cuanto decía a largas distancias.

En estas ocasiones, enardecido por el relato épico, era de oírsele hablar de asaltos a la bayoneta, de golpes dados y recibidos, de machetazos formidables, del brazo armado de un hombre que siembra en su rededor la muerte. Confieso que muchas veces, en esas sesiones en que se relataban hechos de una historia, gloriosa y reciente, y en que siempre llevaba la palabra aquel Tácito criollo e impecable, sentía penetrar en mi cuerpo el frío del miedo con el horror de lo trágico. Cualquiera que hubiese visto al coronel Alvarado en la actitud heroica que iba asumiendo poco a poco, las mejillas inflamadas, trémulos los gruesos labios, chispeantes los grandes ojos, los brazos levantados que subían y bajaban en ademán de cortar

cabezas, habría creído que aquel hombre era un matasiete, incapaz de ningún sentimiento de compasión y de piedad.

Un día, allá por el año de 1878, me ordenó el General Guardia que fuera a Puntarenas a desempeñarle una comisión importante, y me dió por compañero al macho Alvarado, que figuraba en su cuerpo de edecanes.

Salimos de la capital temprano, pero de Alajuela muy tarde, porque en frente de la caballeriza donde debíamos de tomar las bestias en aquella ciudad, había una cantina, con cuyo propietario teníamos amistad antigua, y el despedirnos de él y de su comercio fué cosa larga. Al fin cabalgamos cuando la tarde se iba, y llegamos a Atenas bien entrada la noche.

Fuimos en derecha al hotel, mohinos, no de la caminata sino de la tanda, y por lo mismo muy dispuestos a cenar y luego a dormir.

Pasada la cena noté que mi compañero andaba en cuchicheos con las dueñas del hotel, que si bien no eran de alta sociedad ni mucho menos, gozaban de buena y merecida reputación. Les interrumpí para advertirles que debíamos seguir viaje poco después de media noche, porque me era preciso llegar en la tarde del siguiente día a Puntarenas, y sin más prevención me fuí a la cama que se me había preparado. En el mismo cuarto, bastante estrecho por cierto, había lista otra cama, como en espera del corpachón enorme del coronel Alvarado para darle el necesario descanso.

Sería la una de la mañana cuando el coronel entró a despertarme. Su cama estaba aún aguardándolo. No se había acostado.

«¡Viejo vagamundo!» Le dije al incorporarme haciendo esfuerzos para vencer la modorra que me pesaba como una montaña.

Una carcajada estrepitosa fué su respuesta, y arrojando al suelo los abrigos de mi lecho, me obligó a levantarme.

Empezamos la ascensión del Monte del Aguacate a esa hora silenciosos, rodeados de tinieblas en aquella madrugada oscura y en aquella región del frío.

La verbosidad nos vino con las luces del alba al llegar a San Mateo, y entonces nos miramos uno a otro. Observé en el acto que el coronel no llevaba las alforjas que yo le había arreglado en San José, repletas de ropa interior nuevecita, ni la cobija y sábanas que hice amarrar atrás de su montura cuando salimos de Alajuela.

«Dónde está su equipaje, coronel?» le pregunté.

«Allá se quedó olvidado», me respondió, soltando en aquel lugar del camino, a la sazón desierto, otra carcajada enorme.

Recuerdo muy bien que de allí en adelante anduvo cabizbajo, como alelado; hacía poco caso de lo que yo hablaba, y lo que es más extraño, no volvió a reír.

Cuando llegamos a las primeras casas de Esparta, en una de las cuales había una cantina, paré de pronto mi caballo, y enfren-

tándolo a mi compañero, que por las señas apuntadas antes creí que iba dormido en su montura, le dije con voz fuerte:

«Coronel, usted convida!»

Hizo ademán de meter la mano en una de las bolsas del chaleco, y me respondió con cierta indecisión medrosa:

«También el dinero que traía lo he dejado».

«Viejo vagamundo!» volví a decirle con la voz y el gesto cariñosos que para él siempre tuve.

Llegamos a Puntarenas, despachamos la comisión que el General Guardia me había encomendado, y nos dispusimos regresar después de haber permanecido en aquel puerto sólo un día.

«Quiero hacerle un súplica, me dijo entonces el coronel Alvarado, y es que salgamos a prisa de aquí, y vamos a dormir a Atenas».

La cara compungida que puso al decirme esto, no me permitió contestarle con ninguna broma; pero pensaba allá en mis adentros: ¿estará chiflado el coronel? ¿habrá encontrado algún amor aldeano, capaz de sacar chispas de ese mollejo?

Y con mi genial complacencia me dispuse a satisfacerlo, y le dimos duro al camino, y más duro a las pobres bestias, y llegamos a Atenas antes de oscurecer. En cuanto entramos en el hotel, los mismos cuchicheos de la vez anterior, y la misma escapatoria del coronel, con la diferencia de que esa tarde no comió conmigo, ni vino tampoco en la noche a ocupar su cama.

En la madrugada del siguiente día, listo ya para la marcha, pregunté a las dueñas del hotel por mi compañero.

No ha vuelto, me contestaron. Parece que han pasado muy mala noche en aquella casa.

¿En cuál casa?

Qué! ¿No le ha dicho nada él de esa pobre familia que vino hace pocos días de Nicaragua?

Y empezaron las mujeres a referirme una historia tristísima. Era una pobre mujer, heredera antaño de muchos bienes, y cuyo marido, después de vender éstos y reducir todo a dinero, escapó con rumbo a Costa Rica, dejándola en Rivas en la mayor miseria y con tres hijos ya crecidos. La infeliz emprendió viaje a pie en busca de su desnaturalizado esposo, no por reconquistarlo a él, sino para que le devolviera el pan robado a sus hijos. Uno de estos murió en Liberia, víctima del agotamiento y de la fiebre; a otro lo habían enterrado el día anterior en Atenas, y el tercero, una niña de seis años, estaba agonizando al lado de su pobre madre. De esa miseria era de la que ellas habían dado noticia al coronel cuando pasamos para Puntarenas, y en esa casucha fué donde él estuvo en vela la noche aquella, y allí estaba ahora seguramente.

No escuché más y tomé el camino de la casa. En cuanto penetré por la puertecita baja y estrecha ví al coronel sentado en

un banco, sosteniendo en las rodillas un bulto bastante grande, envuelto en su blusa orlada de galones.

«¿Qué sucede aquí?» le pregunté; y con voz enronquecida, no por el furor guerrero, sino por los sollozos que le oprimían la garganta, me respondió:

«Vea usted; a media noche se murió la otra, y aquí la tengo para que no estorbe en la cama a esa pobre madre, que ya no tarda en irse también».

Eché una ojeada a aquel tugurio. Allí en el suelo, estaban las alforjas del coronel, vacías de la ropa que yo había puesto en ellas, la cual sirvió para medio vestir aquellas desnudeces; ví en la cama de la enferma, que fué lecho de muerte para sus hijos, los cobertores y cobija del coronel, y él mismo estaba allí arrullando el cadáver de una niña en sus brazos, mientras venía a recibirlo de ellos el sepulturero, y dando a la desventurada madre el auxilio de sus cuidados y el consuelo de sus lágrimas.

¿Dónde conoció usted esta familia?—le pregunté asombrado de aquella paternal abnegación; y él me contestó:

«En ninguna parte.--Las ví por primera vez aquella noche, y era tanta su miseria....»—Y después de enjugarse los ojos pasándose por ellos el brazo izquierdo que tenía desocupado, agregó: «váyase usted que don Tomás lo espera; déjeme el dinero que tenga, yo me quedo y dígame al General porque me he quedado, que él es bueno y no lo tendrá a mal».

Salí conmovido de aquel triste recinto, del cual el dolor se había adueñado, dejando en él a aquel admirable Artagnan, a ese mosquetero irreductible, que continuase calentando en su regazo el cuerpo aterido de la niña muerta, y desempeñando para con la madre moribunda las santas funciones de una Hermana de la Caridad.

Ese hombre, con sus bruscos modales de matón, tenía un corazón de cordero y un alma de ángel.

Informe final geológico y geográfico de Costa Rica

Por Donald F. Mac. Donald y otros geólogos

(Traducido del Inglés por Luis A. Casal)

(Continuación)

LAVAS DE LAS MONTAÑAS CENTRALES

Por consiguiente, considerando primero el área de las montañas centrales, al Noreste del eje de ese gamellón, su historia y rasgos topográficos pueden ser brevemente reseñados como sigue:

La vertiente continental fué un gran estanque axil del cual fluyó lava hacia los dos océanos. Tan enormemente gruesos pusieronse los fluidos en la porción central, que el área de la vertiente se oprimió y sumergiéronse todas las primitivas escabrosidades de la superficie. Esto ocurrió en la ya mencionada gran meseta central—de 4000 a 5000 pies de altura—con laderas que declinaban suavemente hacia el mar.

Aunque es probable que la lava fluyó de muchos respiraderos, sólo como seis u ocho fueron de mayor importancia, y dieron origen a conos volcánicos de gran tamaño. Estos conos, situados en la vertiente continental, tienen una colocación linear, los que ya han sido mencionados. El cráter del volcán Poás todavía está lleno de agua hirviente que a intervalos frecuentes es lanzada al aire a chorros. En enero de 1918, el volcán Irazú, en calma casi durante doscientos años, de repente comenzó a arrojar grandes masas de vapor que aumentaron violentamente con el tiempo; después de una actividad de un mes, no obstante, se apaciguó. También salen pequeñas cantidades del cráter del Turrialba. Terremotos, algunos de gran violencia, indican el hecho de que las composiciones dinámicas están en proceso aún.

Después de la formación de la meseta antes descrita, la erosión dió origen a las actuales masas montañosas. Estas no son de gran resalte, y ha sido preservada gran parte del contorno de la primitiva meseta. El área determinada, de que se trata, es, por consiguiente, una meseta volcánica que declina suavemente de las áreas de las altas montañas hacia las tierras bajas o hacia el mar. Bordeando el Golfo de Nicoya, la lava se encuentra cubierta por arenas negras que serán descritas adelante.

De San Ramón, hacia el Norte, a Las Cañas, la lava es un andesito de granulación fina, de color gris oscuro, el cual, en partes, está profundamente desgastado. Los valles son profundos y

el drenaje completamente desarrollado. Esto indicaría que ha pasado bastante tiempo desde que la lava de esta área fué erupcionada. Sin embargo, hay que recalcar el hecho de que ninguna de las actuales superficies presenta una apariencia de gran antigüedad.

De las Cañas hacia el Norte a Liberia, hay evidencias de que la lava fluyó en una época más reciente. La región consiste de una meseta tan plana como un piso. Grandes corrientes fluyen a través de esta superficie, pero la fuente de la mayor parte de sus aguas son las montañas que se encuentran al Noreste. Estas corrientes fluyen en valles cortados y superficiales con bancos perpendiculares. No se han desarrollado corrientes laterales. Después de una lluvia, el agua se recoge en las áreas situadas entre las corrientes o fluye en forma de sabanas. Grandes áreas de roca fresca descúbrese en la superficie y no se ha formado tierra aún; este fenómeno es prueba de una topografía joven.

En el área entre Bagaces y Liberia, aparece un fluido de roca volcánica ácida, que puede ser clasificada como riolito o cuarzo porfido; es muy feldespático en su composición y al desgaste produce grandes depósitos de caolín. El desgastado producto arcilloso es usado en Liberia en la construcción de casas. Las paredes son hechas de lodo y reforzadas con paja y ramas. La superficie es luego alisada y encalada.

En el área que está al Norte de Liberia aparecen los grandes conos volcánicos del Orosi y Miravalles, que no pasan de 5000 pies de altura, pero su realce es muy grande, debido a que el nivel general de la región, al pie de las montañas, está a unos pocos cientos de pies sobre el nivel del mar; de sus bases, masas de lava en forma de grandes delantales extiéndense hacia el Oeste y hacia el Sur.

La región situada al Oeste del río Tempisque y al Norte de El Coco, ha sido descrita ya como una área de extremada juventud topográfica. No se han formado sistemas de drenaje, siendo pequeñas las pocas corrientes actuales que fluyen prácticamente sobre la superficie: son consecuentes en el sentido estricto de la palabra.

Esta región se compone de una ondulante meseta de lava situada de 500 a 700 pies sobre el nivel del mar. Parece que hubiera habido allí dos o tres corrientes, de menor extensión las últimas de la primera, con sus límites limitados por terrazas escarpadas de 100 a 200 pies de altura. (Una de estas terrazas aparece como a tres millas al Norte de El Coco, y otra un poco al Norte de Santa Rosa). La región se asemeja mucho a la meseta colombiana en el Noroeste de los Estados Unidos. Sus caracteres similares son: la aparición de varios fluidos de lava y la certeza de que la lava fluyó de muchos respiraderos esparcidos a grandes distancias. Pequeñas gargantas aparecen a cada mano, a la vez que sobre

anchas áreas extiendense grandes masas cuyas superficies están cubiertas de una lava fresca, rasa y arrugada. La Península de Santa Elena está compuesta de altas montañas volcánicas. Al Norte de La Cruz, la región es más áspera, cortada por pequeñas corrientes que desembocan en el Océano Pacífico por una parte, y en el Lago de Nicaragua, por la otra.

El hecho de que la vertiente continental en la vecindad de La Cruz se halla a dos millas del Océano Pacífico, ha sido ya mencionado anteriormente. Su elevación en este punto es como de 500 pies. El área de rocas ígneas se extiende hacia el Norte hasta Nicaragua, donde se encuentran evidencias de intensa actividad volcánica como lo demuestra la existencia de conos volcánicos de gran altura.

LAVAS DE LA PENINSULA DE NICOYA

La segunda área de actividad volcánica, la Península de Nicoya, puede ser descrita en pocas palabras. En el área limitada por El Coco, Filadelfia, el río Cañas y Playa Real, aparece una rara roca roja, que no podría ser identificada definitivamente en el lugar. Probablemente es una densa lava roja o el producto algo oxidado de un volcánico muy básico. Produce prominentes cerros redondeados, de lados escarpados. En la vecindad de Playa Real forma la roca de la región, en la que aparecen depósitos de mineral de manganeso. Áreas de roca ígnea de color gris oscuro aparecen a lo largo de la costa, desde el Coco hasta Potrero.

En el área sedimentaria al Noroeste de Nicoya no son comunes las represas y masas intrusivas. Al Sudoeste de una línea que pasa por Santa Cruz, Nicoya y Puerto Jesús, hay montañas bastante altas de roca andesítica, de color gris oscuro, de granulación fina y relativamente poco desgastadas.

Con excepción de las áreas sedimentarias a lo largo de la costa, el resto de la península no fué visitado. Es una área de altas y escarpadas montañas, de origen ígneo, indudablemente. Las montañas son en su totalidad líneas producidas por erosión y tienen una apariencia de más antigüedad que las montañas de la vertiente continental. Un rasgo importante parece ser la carencia, o la menor importancia, de fluidos de lava. Donde se les examinó, las rocas tenían más la apariencia de masas intrusivas o de muy gruesas masas intrusivas que se han extendido poco de la abertura de efusión.

AREAS DE DEPÓSITOS DE ARENA NEGRA

Bancos de la costa y de los ríos, compuestos de floja arena negra bordean el Golfo de Nicoya y cubren anchas áreas en las partes más bajas y medias de la cuenca del Tempisque. Evidentemente estas arenas fueron depositadas durante el período de máximo

sumergimiento, descrito bajo el título «Reseña de la Historia Fisiográfica y Geológica», y fueron expuestas después por la parcial emergencia que siguió. Evidentemente son los productos quebradizos descompuestos de las lavas descritas anteriormente que fueron llevados dentro del entonces ensanchado Golfo de Nicoya. Una área considerable de estas arenas aparece inmediatamente al Norte de Puntarenas, en una región tan plana como un piso que se extiende—o por lo menos poco—sobre el nivel del mar.

A una distancia variable entre dos y cinco millas de la costa, la antigua línea de playa está representada por una bien definida terraza. Aquí termina la rasa planicie de la costa y comienza una meseta de lava. La región de la serranía de Manzanillo y la lava que yace atrás de ella formó un promotorio durante el período de sumergimiento, de modo que allí no aparecen arenas negras. Poco importantes manchas de estas arenas se observaron en las playas de Manzanillo. Flojas arenas negras con fósiles recientes se encontraron en Ujarrás y al Oeste, hacia el río Bebedero, pasando al Norte de los cerros que bordean la costa. Esto demuestra que estos cerros fueron islas durante el período de máximo sumergimiento. Lo mismo se puede decir del área de Catalina, cuya gran sierra de caliza de Nicoya está completamente rodeada de arena. En la vecindad de Bebedero, sobresalen de la arena—cual otras islas—dos pequeños cerros de roca ígnea, estableciendo así la relativa edad de las arenas y de la roca ígnea.

Desde los cerros de Catalina las arenas extiéndense hacia el Norte como una gran planicie, y avanzan considerablemente adentro de el valle del río Tempisque. Se extienden hacia el Oeste casi hasta El Coco y el Océano Pacífico, y la Península de Nicoya casi no escapa de convertirse en isla en el período de sumergimiento. También cubren anchas áreas en el valle del río Cañas e invade el área sedimentaria al Sur de Bolsón y Puerto Humo.

En el área general al Norte de Bebedero es muy difícil encontrar el contacto entre las arenas y la lava. Las arenas fueron depositadas aquí sobre una planicie de lava o meseta que tenía una ligera inclinación. El resultado es que la planicie de arena inmerge en la planicie de lava. El suelo superpuesto a la lava es en todos respectos análogo a las arenas; de ahí la dificultad de determinar el contacto.

En el valle del río Tenorio, arriba de Bebedero, encontráronse bancos de arena que bordean la corriente, mientras que a una distancia uniforme de los bancos, hacia el interior, aparecen antiguas líneas de playa de roca ígnea. Este hecho indica que el río Tenorio existió en y antes de la época del sumergimiento. De ahí se deduce el hecho de que un período de erosión siguió a la erupción de los mayores flúidos de lava y que los actuales y principales cursos de drenaje se establecieron antes de que tuviera lugar el sumergimiento.

No se adquirieron datos para determinar el monto de la reciente emergencia, pero no es creible que exceda de doscientos pies, y quizás es menor.

GEOLOGÍA ECONÓMICA GENERAL

El oro se encuentra en considerable cantidad en la provincia fisiográfica del Pacífico, pero aquí solamente se puede dar una breve referencia a él. Aparece principalmente en zonas venosas y en rocas andesíticas. Algunas de estas zonas venosas han sido reemplazadas por cuarzo, el cual, localmente, ha reemplazado en parte a la roca de la región. El oro está generalmente asociado con piritita fresca o desgastada. Posteriormente a la mineralización un movimiento secundario esquiló algunas de las zonas venosas. Aguas superficiales que se cueñan a través de estas quebraduras secundarias han profundizado la zona de oxidación.

En adición a la vena y a los depósitos de la zona venosa hay masas más grandes de andesitos piritizados, donde el desgaste posterior ha oxidado el pirito y ha dejado una masa rojiza de roca alterada que ha sufrido alguna reposición por el cuarzo secundario. Estas masas mineralizadas generalmente proporcionan de dos a tres dólares por tonelada, en oro, pero son localmente más ricas.

Las corrientes que salen de las áreas auríferas no han sido completamente exploradas. Las perspectivas de lavaderos de grado bajo (proporciones de excavación) son más o menos favorables.

Hay algunos buenos depósitos de manganeso en el área de la Península de Nicoya, de los cuales se ha estado embarcando manganeso a los Estados Unidos en los últimos años. Otros productos de manganeso parecen muy prometedores, aunque tienen muy poca explotación.

La exploración de esa área ha sido más bien difícil, debido a la confusa capa del suelo. Es de creerse que dentro de pocos años el desarrollo de la minería probablemente habrá avanzado mucho en Costa Rica.

INDICACIONES DE PETRÓLEO EN EL LADO DEL PACÍFICO

No son muy buenas las indicaciones para encontrar petróleo en la región desde Golfo Dulce al Río Barranca, debido a la proximidad de rocas volcánicas, las áreas limitadas de las rocas sedimentarias y el carácter metamórfico de esos sedimentos.

Las áreas de rocas sedimentarias, que son de considerable extensión, son las que se encuentran desde el río Barranca hacia el Norte, varias millas hacia Puntarenas; alrededor de la parte superior del Golfo de Nicoya, como se ha descrito ya, y en la costa Suroeste de la Península de Nicoya. Sin embargo, no sería bueno in-

tentar la explotación de petróleo en estas áreas hasta que petróleo en cantidad comercial se adquiera en la superficie del área más accesible de la costa del Atlántico.

AGRICULTURA Y OTRAS INDUSTRIAS

El Guanacaste es una de las más prósperas provincias de Costa Rica. Ciertamente tiene muchas ventajas naturales de suelo y de clima.

La cría de ganado es la industria más importante, pero la mayor parte de la cría se hace en una media docena de haciendas de enorme extensión. El ganado es de buena clase, pero no prospera allí también como en el valle del río San Carlos. La razón es que durante la prolongada estación seca el zacate de las sabanas no es particularmente nutritivo. Algunas de las corrientes también se secan, de modo que algunas veces hay escasez de agua. Muchos caballos se crían en la parte Norte del Guanacaste, pero la mayor parte de ellos son pequeños. Son marcadamente baratos, pues los venden a razón de 10 ó 12 dólares por cabeza. Existen grandes crías de cerdos y tienen mejores precios que los caballos, pues se venden a 12 y 15 dólares por cabeza. Pieles y cuero nativo alcanzan precios bajos; monturas nativas hechas de cuero crudo las venden como a 2 dólares, oro americano.

El cultivo de la caña de azúcar es una industria que prospera. Todos los finqueros cultivan pedazos de terreno de mayor o menor tamaño y tienen sus propios pequeños trapiches. Esta puede ser considerada la principal cosecha del pequeño hacendado, la cual se destina a la venta. En la Mansión, una compañía cubana ha construido un moderno ingenio de azúcar y parece que lo explotan prósperamente. Debido a las fuertes lluvias en la estación lluviosa el grado de la caña es apenas regular, pues las fuertes lluvias promueven una abundancia de jugo, pero contiene un porcentaje pequeño de azúcar. El maíz es la principal cosecha y alimento del pequeño agricultor. Se cultivan unos pocos platanales y verduras en cantidad insuficiente aun para sostener la demanda local.

El jornal es muy barato, por término medio de 30 a 40 centavos oro por día. Muchos pequeños propietarios trabajan para sus más prósperos vecinos durante la mañana, y en sus propias tierras durante la tarde. Conforme se viaja a través de la región, se pasa por grandes haciendas de ganado de ricos terratenientes, todas las cuales están manejadas por superintendentes mientras los dueños gozan de la vida de San José, la capital.

(Continuará)

123

Don Braulio Carrillo

(De mis memorias)

Por Octavio Quesada

Cuando residí en El Salvador concebí el proyecto de investigar en que lugar estaban sepultados los restos de Carrillo y darle, de mi cuenta, las sorpresa a Costa Rica de enviárselos.

Para ello busqué noticias de su estadía en El Salvador y aquí vá la relación de los datos orales que recojí—y que verdaderos o falsos—consigno como contribución al esclarecimiento de la verdad histórica.

Los datos que aquí consigno fueron públicos y notorios en la época en que Carrillo fué asesinado—y ellos dicen que lo fué no por causas políticas sino por razón de un pleito que por unas minas mantenía con la Compañía Anglo Salvadoreña de Minería de San Miguel, y que la opinión pública de aquel tiempo acusó a los generales Barrios y Cabañas de haber sido los inspiradores de la muerte d Carrillo.

Según consta de un acuerdo fecha 6 de julio de 1847 la citada Compañía la formaban Gerardo Barrios, Marcelino Barrios, Pedro Chávez, Antonio Meany, Joun (?) Anderson y William Crozier.

Se me extraviaron los apuntes que contenían los detalles del asesinato de Carrillo y el nombre de quien me los suministró—detalles de que fué asesinado, con inaudita crueldad, por el jefe de una escolta militar apellidado *El Diablo Prieto*—y tan inicuo fué el hecho que por ello fué procesado; pero los mineros interesados le facilitaron dinero y fuga y se refugió en Guatemala.

Allí fué nombrado Comandante del fuerte de San José dentro del cual se sublevó por lo que fué fusilado por la espalda.

En la *Gaceta del Gobierno Supremo del Estado de El Salvador*, tomo I, N.º 97, correspondiente al 2 de febrero de 1849 se publicó



un aviso de la llegada de la goleta ecuatoriana Chambon al mando de su capitán don Francisco Rojel (Roger—nuestro popular don Chico)—conduciendo los restos del General Morazán enviados por el Gobierno de Costa Rica bajo la custodia del Coronel don José María Cañas y del Presbo. don Ramón María González.

Supongo que debido a esta atención del Gobierno de Costa Rica fué que el del Salvador, presidido por Doroteo Vasconcelos decretó la devolución a Costa Rica de los restos de Carrillo y de don Manuel Aguilar.

He aquí el decreto; tomado del tomo II de la *Gaceta* de El Salvador N.º 2 correspondiente al 9 de marzo de 1849:

“El Presidente del Estado de El Salvador

CONSIDERANDO:

Que los señores Licdos. don Braulio Carrillo y don Manuel Aguilar fallecieron en este Estado, en donde aún permanecen sus restos;

Que ambos desempeñaron en Costa Rica destinos de alta importancia, por lo cual su memoria pertenece principalmente a la historia de aquel país;

Que su ilustrado Gobernante, como una muestra de su gratitud por sus reelevantes servicios desea poseer sus despojos, con cuyo fin tiene decretada su traslación; y queriendo el Gobierno del Salvador obsequiar tan justo deseo, y dar al de Costa Rica un testimonio inequívoco de su amistad y estimación, se ha servido decretar y

DECRETA:

Artículo I. Serán exhumados con toda solemnidad y con las ritualidades prescritas en los canones, los restos mortales de los señores Licenciados don Braulio Carrillo y don Manuel Aguilar a cuyo efecto se darán por el órgano respectivo las ordenes conducentes.

Art. II. Verificada la exhumación de dichos restos se colocarán separadamente en una urna funeraria que se depositará en la Iglesia principal del punto de donde ahora reposan, y se les harán por el párroco respectivo, con asistencia de las autoridades locales, las ezequias correspondientes.

Art. III. Los restos mortales de los señores Licenciados Carrillo y Aguilar serán entregados oportuna y solemnemente al Supremo Gobierno de Costa Rica. Lo tendrá entendido el Jefe de Sección encargado del Despacho de Relaciones y Gobernación y dispondrá lo necesario para su cumplimiento.

San Salvador, Febrero 1.º de 1849.

DOROTEO VASCONCELOS

El Jefe de Sección encargado del Ministerio de Relaciones y Gobernación,

JUAN J. BONILLA.»

Todo cuanto hice para dar con la sepultura de Carrillo fué infructuoso—me dirijí a San Miguel para de allí trasladarme al pueblecillo de Sociedad lugar señalado como poseedor de la tumba de Carrillo; pero en San Miguel supe que el lugar de dicho pueblo en que estaba la tumba era desde hacía mucho tiempo una gran finca en la cual era imposible determinar el lugar en que estaban los restos por lo que desistí del viaje.

En el mismo San Miguel supe que mi buen amigo el General Lisandro Letona conocía muchos detalles referentes a Carrillo y al lugar de su sepultura por lo que me dirijí a su casa con el objeto de saludarlo y de obtener sus datos; pero desgraciadamente estaba ausente.

De San Salvador le dirijí la siguiente carta:

San Salvador, enero 4 de 1914.

Señor General don Lisandro Letona

San Miguel.

Mi estimado amigo:

Tengo el gusto de dirijirle atento saludo deseando, para Ud. y los suyos, Feliz Año Nuevo.

Por una casualidad, al hacer investigaciones sobre el asesinato del Licenciado don Braulio Carrillo ex-presidente de Costa Rica, supe que Ud. es poseedor de una serie de datos a él referentes, entre ellos el conocimiento que Ud. tiene del lugar donde fué enterrado el señor Carrillo.

¿Sería Ud. tan bondadoso que me transmitiera todos los datos que tenga al respecto? Ellos tienen gran valor para la historia del gobernante a quien la actual Costa Rica debe la mayor parte de su progreso.

Aprovecho la oportunidad para pedirle órdenes para mi país a donde regresaré a mediados de este mes, donde tendrá Ud. un servidor a sus ordenes.

Reiterándole mi súplica tengo el gusto de sucribirme, como siempre seguro servidor y amigo,

(f) OCTAVIO QUESADA

Tuve la suerte de que el General Letona me contestara, así:

San Miguel, Marzo 23 de 1914.

Sr. Dn. Octavio Quesada

San José de Costa Rica.

Estimado amigo:

Ausente de esta República, por asuntos de familia, es hasta hoy que puedo darme el gusto de referirme a la es-

timable de Ud. del 4 de Eno. ppdo. comenzando por corresponder su afectuoso saludo de año nuevo.

Es cierto que por impulso propio tomé el mayor empeño en averiguar las circunstancias del asesinato y paradero de los restos mortales del Ilustre Dn. Braulio Carrillo; pero la acción del tiempo y por tratarse de un hecho que tuvo lugar en uno de los pueblos más remotos de esta República, como es el de Sociedad, han puesto en mi camino dificultad insuperable.

Imposible en primer lugar, encontrar ningún testigo presencial del suceso, ni quien por tradición o referencia pudiese suministrar algún dato referente al asunto, por ser gente ignorante la que habita dicho pueblo. Después de muchos esfuerzos pude encontrarme con un señor, cuyo nombre no recuerdo en este momento, quien me refirió que su padre era el Alcalde del pueblo en la época en que un oficial de apellido Lagos llamado con el apodo de *el Diablo Prieto* llegó con una escolta procedente de esta ciudad; que hizo prisionero a Carrillo y se dirigió con él al pueblo de Santa Rosa: que llegados a un lugar del camino, que hoy lleva el nombre de Portillo de Carrillo, allí fue ultimado el ilustre prisionero, con circunstancias tan horripilantes que no me atrevo a referir; todo lo cual dice el informante que se lo oyó referir varias veces a su padre quien como Alcalde tuvo que ir a traer el cadáver para darle sepultura en el panteón de entonces, el que hoy está ocupado por una finca de caña y frutales donde no será posible encontrar el lugar en que quedaron sepultados los restos de aquel hombre tan notable. Yo, sin embargo, seguiré informándome sobre el particular y tan luego descubra algo de interés, lo comunicaré a Ud.

Mientras tanto, deseándole toda suerte de felicidades, quedo de Ud. affmo. amigo y S. S.,

(f) L. LETONA

Desgraciadamente poco después murió el General Letoma.

Sobre utilización de la riqueza mineral de Costa Rica

Por Roberto A. Sanvicente

A guisa de preámbulo

Es fin de este trabajo estudiar la función industrial, económica y social, de la riqueza mineral costarricense como nueva fuente de ingresos al erario y como medio de mejora en las condiciones de la vida activa local.

Para dar principio a mi labor, conviene recordar que todo cuanto se quiere hacer en esta materia, será sellado con el anatema de *Locura*, idea ya ancestral, a la que estoy muy acostumbrado... y que desdice notablemente del carácter nacional, mercantil en exceso; mucho se podría idealizar acerca del estado mental de mineros y de sus difamadores; para mi tema, basta decir que si el ciclo de la vida fuera analizado por *Normales* fácilmente hallarían Hierro en los globulos de su sangre, hierro que habiendo sido Limonita pura, no podemos negar que un día pase a formar parte integrante de un dinamo o de un acumulador de aire ambiente.

.....

Dos preguntas nada más son suficientes para componer el tema que presento.

¿Existe riqueza mineral en el suelo de la nación? ¿A quién pertenece esa riqueza si existe?

A la primera hay que contestar como geólogo, como industrial, como financiero y como filósofo. A la segunda,—que es hija de la primera—corresponde la respuesta al legislador.

¿Existe riqueza mineral en el suelo de la nación? Como geólogo debo manifestar que el país tiene reservas, en metales industriales, capaces de sostener una industria de cualquier tamaño (Tipo E. U. A.) por algunas centurias. Tenemos Hierro, Cobre, Plomo, Zinc, Tungsteno, algunos datos de Éstano y Antimonio, Sulfatos de Aluminio y Sodio, Fosfatos, Sulfato de Cal, Azufre, Carbón y por añadidura algo de oro y plata. Creo que más no necesita un país para no depender de otro—en estas materias

Una serie de opiniones anecdóticas nos hacen concebir un suelo completamente dislocado, cuyos fragmentos yustapuestos han destruido toda solución de continuidad en los extratos....

La opinión de un ilustre viajero,—que no faltará quien la saque a cuenta—nos presenta nuestro suelo como una isla madreporica, pero yo no pude encontrar en nueve años, un solo documento, una sola opinión leal, franca, desinteresada, en apoyo de esa tesis. El territorio nacional es ignoto para casi todos, como iremos probando tema por tema, tanto en el libro como en los extratos calizos y en las rocas igneas y por tanto, no hay autoridad definida.

En el siglo presente participamos notablemente de las teorías de Santo Tomás y cuando se formula una hipótesis debe ser basada en echos que, si no nos muestran una razón categórica, por lo menos si un camino para llegar a la referida razón, y eme aquí, dentro del tema para el cual pretendo controversia.

Yo entiendo como riqueza mineral, todo producto del suelo que su precio en el mercado sea mayor que el costo de obtención; y al rededor de este axioma, se condensa el interés que trato de desarrollar en todos aquellos que, aunque siendo refractarios de todo lo que a minas concierne, si tienen el criterio suficiente para poder apreciar lo que en estos trabajos puede haber de educativos.

Al entender así la riqueza mineral, tengo en cuenta el uso y necesidad de determinadas sustancias que el hombre precisa para su mejoramiento y modificación de cuanto le rodea, como instrumentos de descanso, locomoción, habitación, etc., etc. tampoco olvido aquellos fenómenos geológicos, químicos y plutónicos que depositaron las materias en cuestión, en los lugares que ocupa y hago aprecio de la temeridad del hombre y su astucia para extraer del planeta cuanta materia y fuerza necesita—es decir—los elementos que constituyen el mundo mineral utilizable actualmente.

No es un hecho casual el hallazgo de una masa metálica en determinado lugar, ni es posible tampoco que dicha masa sea única como tampoco es único el momento flector de un prisma cualquiera sujeto a la torsión: un filón o vena es una fisura en el plano que acupa. Esta fisura es posterior a la existencia del plano y esta fisura no puede ser única: veámoslo.

Daubrée nos demuestra, con mil experimentos, como sometiendo un plano, cristalizado a la torsión, el fenómeno determina una serie de fracturas que siempre forman sistemas de tres líneas radiales convergentes al punto de mayor tensión, así como también otros sistemas de la misma categoría, perpendiculares a los anteriores, componiendo en total los llamados campos filonianos o de fractura.

Si sometemos a un esfuerzo de tensión un prisma cualquiera,—una viga por ejemplo—hallaremos un fenómeno parecido, esto es; un momento flector (M) y dos de empotramiento. (E. E) (véase la figura al final).

Si nos trasladamos al suelo y tomamos como ejemplo la región minera de Cartago, nos encontraremos un campo de fractura en idénticas condiciones a los experimentos de Daubrée, donde ha sido posible la determinación de 63 filones anotados en suelo Diorítico y de perfecta constitución geológica.

Además y en apoyo de mi tesis, citaré los campos filonianos del Harz y el famoso de Freiberg (Sajonia) que ampara algo más de 800 filones metálicos (ya agotados al parecer).

Para que nos sean comprensibles estos hechos, y adaptarlos a nuestro suelo, debo decir algo sobre el fenómeno que los motivaron.

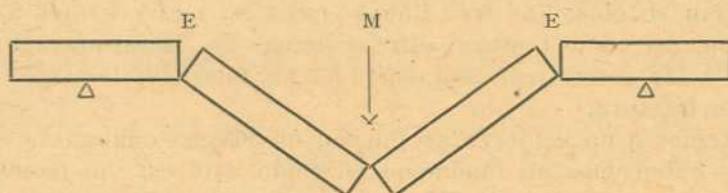
Sabemos que la formación de la tierra es un tema demasiado discutido y casi definido por Laplace, que con salvedad de la parte que se refiere al magma ígneo central (muy discutible) estamos en todo muy de acuerdo.

Alla por la época terciaria, muy activa en conmociones geológicas, emergió—al parecer—nuestra majestuosa cordillera andina, entonces sepultada en el fondo de los mares. El fenómeno debió ser grandioso y trágico a la vez, pues el volumen de agua desplazado debió influir notablemente en la modificación de los continentes ya existentes. Esta brusca inyección produjo una

masa en equilibrio inestable que en épocas anteriores ya había sido dislocada y que al tomar su asiento, sufrió una serie de tensiones, causas de las fisuras, fallas o filones actuales. No es fácil presumir la cantidad necesaria de fuerza para producir tan titánico esfuerzo y en la parte de cordillera que nos toca, podemos calcularla sobre la elevación de algunas montañas y su relación con el nivel medio del mar: Chirripo Grande 3837 metros; Durika 3298; Cruz de Obispo 3099; Irazú 3452; Pico blanco 3565; Cerro pando 3162; Alturas insignificantes comparadas con otras de la misma cordillera, pero excesivamente grandes y sorprendentes con relación a la anchura de nuestro territorio.

Las fallas, fisuras y filones de esta época se fueron rellenando, las unas con masas pastosas y detritus de las rocas vecinas que formaron *caballos* en las mismas cajas filónicas; otras fisuras fueron rellenadas por el magma en fusión el que ascendiendo con carácter efusivo, no solamente relleno la fisura, sino que esparció por la superficie las materias en exceso, materias que descompuestas por los Anhidridos Sulfuroso y Carbónico y lisiviadas con agua, fueron otra vez diseminadas por las fisuras existentes en las rocas cristalinas. Estas disoluciones también penetraron en el seno de las rocas porosas, donde cristalizaron las sustancias metálicas.

• (Continuará)



España y América

Cartas del Dr. Val. F. Ferraz y don Daniel Domínguez

Señor don Daniel Domínguez.

Muy señor mío y amigo:

Reciba usted ese libro en nombre de los editores, y le suplico decir su opinión acerca del mismo. Así lo desean en Buenos Aires, para la siguiente edición.

Suyo afectísimo amigo y servidor,

VAL. F. FERRÁZ

11-VII-20.

San José de C. R., Octubre 12 de 1920.

Sr. Dr. D. Valeriano F. Ferráz.

S. C.

Muy distinguido señor y amigo:

Un refrán castellano dice que «más vale tarde que nunca», cosa cierta, sin duda, si lo que se espera y ha de llegar es algo bueno; más si fuere lo contrario el refrán ganaría invirtiendo sus términos.

Esto le pasará a Ud. con esta constestación mía tan retardada y tan vacía y sólo enviada porque estando ambos tan vecinos de la muerte no vayamos a sumergirnos en sus abismos llevando Ud. la idea de mi descortesía, o yo la de haber faltado a la consideración a Ud. debida, por sus muchos méritos y por su benevolencia para conmigo.

Y entrando de una vez en el asunto de esta carta, pienso que si el 3 de Agosto de 1492 inicia un capítulo nuevo de la legendaria historia de España, esa misma fecha, de imperecedera memoria, es el punto de partida de la historia de las repúblicas iberoamericanas. Aquel capítulo se cerró para España el 9 de Diciembre de 1824 en Ayacucho, y en esta fecha, también imperecedera, se abrió definitivamente el segundo de la historia de las que fueron colonias españolas.

Así debió de pensarlo el historiador Quijano Otero cuando decía en su discurso de clausura del curso de Historia Patria, en Bogotá: «El alma se espacia al ver entre las nieblas del pasado ese momento solemne en que en la alborada del 3 de Agosto de 1492 el ilustre jennovés desplegaba las velas de sus embarcaciones para lanzarse en los mares desconocidos, llevando izada la bandera de Castilla, que representaba la fuerza, y la imagen de Cristo, que era el emblema de la civilización.

«Estudiando esos primeros albores de nuestra historia, sufre uno la influencia del genio de Colón, y con él vigila, con él lucha, con él espera, durante esas interminables noches en que rectificaba sus cálculos y en que su propio convencimiento buscaba y hallaba la fuerza de voluntad para luchar no sólo con los elementos, sino con sus mismos compañeros, que flaqueaban. Por eso el ánimo que ha tomado parte en la lucha participa también del triunfo en ese instante, único en la historia, en que, según la valiente expresión de de un compatriota, Colón, «zarpando del puerto de Palos, y perdido luégo entre las brumas, apareció al otro lado del Océano con un mundo en los brazos». En ese mismo discurso decía: «Francamente hice entonces (al inaugurarse el curso) la confesión de que la única idea preconstituida que llevaba al estudio que emprendíamos era la del amor a la patria, ya fuese colonia, ya nación soberana.» Este mismo historiador considera a Quiroga y a Riego «como mártires de la libertad, y sus nombres son siempre pronunciados en América, en unión a los de los Padres de la Patria»; y hablando de la entrevista de Santa Ana, dice: «Allí se dieron el primero y último abrazo los dos adalides (Bolívar y Morillo) en quienes pudieran personificarse las dos causas en esta parte del continente. Acordaron que allí se levantara una pirámide, construída por artífices de ambos países, y entre el júbilo y el regocijo de hermanos se separaron los que hasta aquella fecha habían sido encarnizados enemigos.»

Parece surgir de estas citas el pensamiento de que nuestra guerra de emancipación fué una contienda civil; y si consideramos que la mayor parte de las fuerzas luchadoras era de americanos y que si los jefes eran peninsulares, de una parte, los jefes principales independientes eran españoles unos, de clara estirpe, nacidos en América, y otros cuyos elementos étnicos predominantes eran los de la raza española, aquel pensamiento se robustece y asume proporciones de convicción.

Muchos años antes, don Julio Arboleda, en su *Gonzalo de Oyón*, había dicho:

Alvaro.—Pero ¿quien eres tú que me has vencido?

Gonzalo.—Yo, Gonzalo de Oyón...

Alvaro.—Tu hermano soy...

Al fin vencido estoy; pero es mi hermano

El único rival que hay para mí...

Siempre es Oyón el vencedor...

La ferocidad de la lucha en Venezuela y México y la espantosa *pacificación* de la Nueva Granada tuvieron toda la violencia de las guerras civiles. El rencor de España y el odio que despertaba en los pueblos americanos el recuerdo reavivado de las atrocidades de la conquista, de la crueldad de las represiones de las varias tentativas de insurrección y las escenas de la guerra a muerte—practicada desde mucho antes de ser decretada—duraron por más de medio siglo después de Ayacucho. Las letras, más que la diplomacia, buscaron y lograron un acercamiento y restablecieron luégo las relaciones amistosas con España y la concordia entre americanos y españoles.

Si se estudian las actas revolucionarias de las provincias y sus primeras constituciones, parece desprenderse de ellas el concepto mantenido por el señor Suárez, de «la completa comunidad de ideales entre los revolucionarios españoles y los del nuevo continente; como que el propósito «liberal», más que el separatista, fué el programa inicial y constituye el verdadero carácter de la revolución america-

na». Sin embargo, esas constituciones fueron poco después reformadas en el sentido de la completa separación. El historiador Quijano Otero dice: «Todos los historiadores han estado acordes en decir que en esta sublevación (la de los *Comuneros* de Santander 1780 a 1782) no hubo el pensamiento pero ni el sueño de independizar la Colonia; sin embargo, tenemos a la vista el expediente que autoriza la creencia contraria. De él aparece que en 1783 don Vicente de Aguiar y don Dionisio de Contreras elevaron un memorial al primer Ministro británico, manifestándole las quejas de la Colonia contra sus mandatarios, la violación de las capitulaciones (firmadas con los *Comuneros*) y el deseo de emancipar el Nuevo Reino.

Para llevar a buen término su proyecto, pedían que se les vendieran diez mil fusiles y otros elementos de guerra por valor de cerca de trescientos mil pesos, que ofrecían pagar al recibir aquellos efectos en Bahía Honda. Recordaban a S. M. B. el auxilio que el monarca español había prestado a sus colonias insurreccionadas, excitándole a que tomara el desquite; y, por último, pedían que la Inglaterra concediera su protección a la Colonia, porque de todas maneras ansiaban sacudir el yugo español.

Esta comunicación fué llevada al Gabinete británico por el Capitán de un buque inglés, de apellido Vidal, a quien encargaron de enganchar jefes experimentados. Por desgracia comprometió a un individuo, N. Kennedy, quien, impuesto de todos los pormenores, logró copiar la nota mencionada y la vendió al Embajador español en Londres. Este comunicó lo que ocurría al Conde de Floridablanca, y naturalmente dió este Ministro los pasos conducentes a frustrar la expedición, y orden al Virey para que «ahogara la revolución en sangre» si llegaba a estallar». (Compendio de la Historia Patria, 2.^a ed. 1883 pag. 127 y 128.) Hablando de los movimientos de los *Comuneros*, dice en la página 119 del mismo libro: «Fueron estos los primeros movimientos tumultuarios que pronto debían conmover el Nuevo Reino; y la Audiencia mostró su ineptitud para contenerlas por vías pacíficas, o su impotencia para hacerlo por medio de la fuerza. Si fueron las anotadas las únicas causas que movieron a los pueblos o si había un plan concertado de antemano, lo decidirá la historia con mejores datos; pero es verosímil la segunda versión, y así lo asevera perentoriamente uno de los jefes de la sublevación, don Salvador Plata, en el memorial que elevó al Rey. Lo mismo declaró Tupac Amará en la causa que se le siguió por la insurrección del 4 de Noviembre de 1780 en el Cuzco, asegurando que para reivindicar sus derechos de Inca procedía de acuerdo con los habitantes de Quito, Nuevo Reino, etc.»

«La corriente de los años modera las pasiones, y el silencio de las edades aclara la voz de la razón» ha dicho un gran pensador homónimo del ilustrado autor del *Carácter de la Revolución Americana*. Loable en sumo grado es, pues, el estudio emprendido por el ilustre profesor de la Universidad de Buenos Aires. Así las letras completarán la obra de concordia y unidad que las letras iniciaron y han venido desarrollando. Pero no merecen menor aplauso el patriota y entusiasta señor Calzada y sus compañeros pues sin su obra de activa propaganda continental, la del historiador correría el peligro de quedar reclusa en las bibliotecas.

No creo que haya hoy en América un solo escritor que se atreva a preconizar la *desespañolización* de nuestros pueblos, y apenas se explica que haya habido hombres de talento que la hayan preten-

dido alguna vez. Hay, sin embargo, una propaganda suicida, llevada a cabo en estos países por «los políticos sin arraigo en la opinión pública» y por ciertos descastados que ignoran lo que la Patria significa, o a quienes la codicia hace olvidar lo que le deben, contra la cual es necesario obrar vigorosamente. *Desespañolizar* en esta forma significa *aniquilar*. La conquista por el dólar o por la fuerza dará idéntico resultado: la destrucción de las nacionalidades, primero, y la de los pueblos, después. El fenómeno está a la vista. La obra del profesor señor Suárez, secundada activamente por las colonias españolas de hispanoamerica, prestará un señalado servicio de defensa contra aquella desleal propaganda.

Soy de Ud. con toda consideración, afmo. S. y amigo,

DANIEL DOMINGUEZ

Geología de una parte de Costa Rica

Por J. Romanes-Cambridge. 1912

Traducida del inglés por C. Gagini

(Véase los Nos. 8-9 de esta Revista, Año I)

(Continuación)

(b) Las minas de Abangares-Manzanillo

Rocas ígneas. En esta comarca las lavas presentan poca diferencia con las andesitas tan comunes en todo el país y su descripción detallada sin una localización escrupulosa implicaría inútiles repeticiones. En su mayor parte son piroxeno-andesitas básicas, algunas de las cuales contienen solamente algo de augita, mientras en otras se advierte además hiperstena.

Varias rocas de éstas parecen formar gruesos diques, como, por ejemplo, una piedra muy oscura, recogida en el corte 10°; que forma una gran faja de unos 400 pies de ancho, que aparentemente corta otras lavas; sin embargo, aún en los lugares en donde el campo de las rocas muestra que son hipabisales, su microestructura es esencialmente volcánica. Muchas de estas lavas presentan una estructura columnar, como, por ejemplo, en los bancos del río Abangares a una media milla abajo de las minas. Advertí allí intercalaciones del mismo conglomerado volcánico del Brasil y de los Anonos. Los peñascos que forman el conglomerado son de una augita-hiperstena-andesita muy vesicular, y en casi todos los casos la vesícula se halla recubierta de una delgada capa de un mineral brillantemente polarizante, que presenta las etapas iniciales del relleno.

Hay en Abangares un tipo de lava digno de describirse por ser del todo diferente de los otros que he encontrado en el país. El ejemplar fue tomado de un grueso bloque angular en el corte de la línea férrea entre Abangares y la mina Boston; y aunque desgraciadamente estaba desplazado, no puede haber sido arrastrado muy lejos. En el ejemplar manual la roca es de un color verde azulado, con cristales negros bien formados de hornablenda diseminados en toda ella. Toda la mole es criptocristalina o vidriosa, y ha experimentado cierta silicificación y calcificación.

El feldespato es labradorita en anchos cristales porfiríticos, bastante alterados en las hendeduras; y en ciertos casos ha ido tan lejos

esta alteración, que sólo quedan algunas pepitas aisladas de feldespato. La hornablenda está bien desarrollada: esta muestra, junto con otra que se describirá más adelante y que forma un conglomerado en Manzanillo, y los pedruscos de Cartago, son las únicas rocas de hornablenda que he colectado en Costa Rica. En esta lava la hornablenda es verde oliva con un tinte oscuro a veces: manifiesta bien desarrolladas hendeduras prismáticas y fuerte pleocroísmo: el ángulo de extinción es de unos 12° . A corta distancia al N. de las minas se desenvuelven ampliamente ásperos aglomerados volcánicos. Son muy compactos, de un verde grisáceo, y contienen fragmentos de lava anchos y angulares. Poco o ningún yacimiento es visible en ellos y probablemente representan el sitio de uno de los respiraderos al través de los cuales fueron arrojadas las lavas y cenizas.

Las vetas de cuarzo aurífero en esta región tienen un paralelismo general, dirigidas de unos 20° N. a 30° E. Muchas de ellas aparecen a lo largo de intensa brecciación, y algunas de ellas representan bandas trituradas, recementadas por el cuarzo, de modo que algunos fragmentos de la «roca del país» se encuentran diseminados al través de la veta. Una rebanada cortada de una muestra de un filón de la riquísima mina de Tres Hermanos presenta el cuarzo en estado microcristalino o criptocristalino; y con el cuarzo se ven numerosos cristallitos de piritas que contienen el oro. La formación de estas vetas representa probablemente una fase final de la acción ígnea, y por lo menos en una veta brotan todavía aguas minerales calientes al través de la grieta obstruída parcialmente.

Desgaste en el área de Abangares. Ciertos aspectos particulares ofrece el desgaste de las lavas en esta comarca. En todos los casos, como era de esperarse en un clima tropical, aparece una considerable cantidad de superficie desgastada, dando origen en su fase final a arcillas morenas. Bajo esta costra descompuesta, sin embargo, se encuentran rocas ígneas notablemente recientes. En otras ocasiones, las rocas han sufrido una alteración de carácter muy diferente. Aparentemente esta descomposición ha penetrado al través de grandes masas de rocas y es tan completa algunos pies debajo de la superficie como cerca de ella. Están representadas estas rocas por materiales que, aunque enteramente blandos y quebradizos lo bastante para ser removidos con una pala, conservan aún de modo muy perfecto la estructura de la lava primitiva. Su color es grisáceo y no ofrece ninguna de esas manchas oscuras que nunca faltan cuando la oxidación ha tenido parte en la alteración de la piedra.

Esto sugiere algo más que simple desgaste superficial y es debido muy probablemente a cierto tipo de acción pneumatolítica que alteró dichas rocas inmediatamente después de su consolidación: muy bien puede representar otra fase de la acción aqueo-ígnea que explica la formación de las vetas auríferas. En conexión con esto debe recordarse una exposición que hay en el banco meridional del río

Abangares exactamente arriba de las minas, en el cual una roca ha experimentado una acción algo parecida y en ella se ve una gran cantidad de calcita bien cristalizada, mientras que la roca está impregnada de hierro y de un mineral azul verdoso de carácter clorítico.

Cenizas y sedimentos. Entre las minas de Abangares y la costa del Golfo de Nicoya hay un trozo de costa relativamente baja, ocupada por una serie de sedimentos de ceniza en capas bien dispuestas, fosilíferas en ciertos parajes, que he dominado los «Lechos de Manzanillo». Se encuentran estos yacimientos bien expuestos en Manzanillo, en la costa, y solamente en este lugar se han encontrado fósiles hasta ahora en dichas capas.

(Concluirá)



Un episodio de mi vida

Por Víctor Guardia (1)

Con motivo de los últimos acontecimientos de Panamá, algunas personas me han pedido con insistencia un relato de mi expedición al Istmo en 1866, expedición que hizo cierto ruido en aquel tiempo en Costa Rica y a la cual se atribuyó un alcance político que en realidad no tuvo. Sólo por complacer estos deseos y de ninguna manera por hacer alarde de hechos pasados, voy a sacar esta página de las breves memorias que dejo, para que sean publicadas algún día después de mi muerte.

A fines del año 1862 llegaron aquí numerosas familias istmeñas, que venían huyendo de las persecuciones de los liberales, que acababan de adueñarse del poder, derrocando al gobierno conservador. Entre ellas estaban varias con las cuales me hallaba emparentado muy de cerca y eran cabalmente las que más habían tenido que padecer después de la muerte del Presidente de Panamá don Santiago de la Guardia, padre del actual Representante del Istmo en Costa Rica, que pereció el 19 de Agosto de 1862, al terminar el combate de Río Chico, en el cual había logrado vencer. Las quejas vehementes de mis deudos, la narración de las tropelías de que habían sido víctimas y más que todo la muerte trágica de mi primo don Santiago, me causaron honda impresión; y como entonces sólo tenía treintidós años y estaba lleno de entusiasmo guerrero y muy ufano de mis presillas de jefe, ganadas en el campo de batalla de Rivas, el 11 de Abril de 1856, les prometí acompañarlos y ayudarlos el día en que fuesen a vengar la sangre de nuestro pariente.

Pasó tiempo, y estaba ya muy lejos de mi memoria la promesa hecha en un momento de legítima indignación, cuando en Marzo de 1866, hallándome en las vegas del río de Las Piedras, jurisdicción de Bagaces, empeñado en el cultivo de un campo de algodón, cuyo precio, a consecuencia de la guerra civil en los Estados Unidos, había subido mucho, vino a sorprenderme una carta de mis primos don Manuel y don Eduardo de la Guardia, en la que me recordaban mi ofrecimiento y me indicaban que era llegado el momento de cumplirlo. En esa misma carta, fechada en Alajuela, me decían que se fraguaba una conspiración en Panamá de acuerdo con ellos, con el objeto de echar abajo el gobierno existente. Me pedían, además, que fuese a esperarlos a Puntarenas llevando algunos hombres de mi confianza.

No vacilé un momento en cumplir un deber que consideraba sagrado y abandonando mi empresa me trasladé a Puntarenas con ocho hombres seguros, de los cuales recuerdo al capitán Roque Lara y al teniente Gaspar Apú. En el puerto me junté con los señores Guardias y con don Francisco de Fábrega, suegro que fué de don Santiago de la Guardia y persona de gran restabilidad y prestigio en todo el Istmo. Venían con ellos también seis hombres escogidos de la provincia de Alajuela. Nos embarcamos en el primer vapor que pasó, arribando a Panamá a fines de Marzo. Llegados allí, los catorce hombres que nos acompañaban pasaron como jornaleros destinados a trabajar en las haciendas que los señores Guardias poseían en Veragua; y mientras éstos se ponían al habla con sus amigos y demás personas que pre-

(1) El General don Víctor Guardia, ilustre prócer costarricense, narra en este artículo uno de los pasajes más interesantes de su vida.

paraban la revolución, me oculté con los costarricenses en una casa llamada de San José.

Gobernaban entonces en Panamá los liberales y presidía el Estado un señor Calancha, conocido después entre nosotros como jugador muy hábil y poco escrupuloso. La revolución, aunque fraguada por los conservadores, contaba con el apoyo de elementos importantes del partido contrario, y se había convenido en llevar al poder a un liberal para obtener así la sanción indispensable del gobierno federal de Bogotá. Entre las personas más prominentes comprometidas en el movimiento, figuraban un señor Arias y D. Gil Colunje debiendo ser este último proclamado Jefe del Estado.

El plan era el siguiente: el gobierno federal colombiano tenía situado en Panamá para garantizar la libertad del tránsito, uno de los mejores batallones de su ejército, el batallón *Tiradores*. Muchos de los oficiales de este batallón habían sido ganados por los conspiradores y consentían en pronunciarse; pero a condición de que fuese capturado previamente su jefe, el coronel Soto, a quien decían ellos que los soldados obedecerían ciegamente en cualquier lance y sobre el cual se negaban a poner las manos. Yo me encargué de apresar al coronel Soto.

Zanjada así esta primera dificultad, se acordó dar el golpe sobre la marcha; y con pretexto de que se hallaba en Panamá un jefe costarricense que deseaba presenciar las evoluciones del batallón, lo sacaron los oficiales del cuartel de Chiriquí, lugar de su residencia, a maniobrar en la Plaza Principal. Formado el batallón en esta plaza, los oficiales proclamaron Presidente a don Gil Colunje. Inmediatamente me dirigí con cuatro de mis hombres armados de puñal, a la casa que habitaba el coronel Soto, quien teniendo ya noticia de la sublevación venía bajando apresurado las escaleras, seguido de un hijo suyo y un ayudante. Al encontrarme con él le puse el revólver en el pecho y le mandé rendirse; otro tanto hicieron los que me acompañaban con el joven Soto y el ayudante, amenazándolos con sus puñales. Ninguno opuso resistencia y conduje a los tres a una casa preparada de antemano, donde los dejé custodiados por mis cuatro hombres. Esto pasó a eso de las cuatro de la tarde del día 28 de Marzo de 1866.

Los principales cabecillas de la sublevación fueron los hermanos Vallarinos, capitanes ambos. Uno de ellos, Carlos, fué quien tomó el mando superior del batallón, reducido por circunstancias especiales a sólo trescientas plazas. Sin pérdida de tiempo se destacó una compañía con orden de atacar la Casa Presidencial que estaba defendida por una guardia de cincuenta hombres. La casa fué tomada por asalto; pero el Presidente Calancha no pudo ser habido, porque logró escaparse por los tejados vecinos y esconderse en una casa particular. Al mismo tiempo que salía la compañía destinada a apoderarse de la Casa Presidencial, el resto del batallón se dirigió a la plaza de Santa Ana, contigua a la puerta de las murallas que conducen al Arrabal, donde había un cuartel defendido por cuatrocientos negros partidarios de Calancha. Por otro lado corrieron algunos de los nuestros a proveerse de armas en el almacén de un extranjero, cuya entrada había sido forzada de acuerdo con él, porque era amigo secreto de la revolución.

(Continuará)

Libros y Canjes

recibidos durante el mes de Noviembre

Anuario del Observatorio Astronómico Nacional de Tacubaya para 1921, Mexico.

Cuentos de Amor y de Tragedia, por Vicente Saenz, San José, Costa Rica.

Sonatinas, poesías por J. L. Paliza. Culiacan, Mexico.

Boletín de Estadística, Medellín, Colombia.

Diario del Comercio, diario. San José, Costa Rica.

La Verdad, diario. San José, Costa Rica.

Patria Libre, semanal. Managua, Nicaragua.

La Tribuna, semanario de información. Tegucigalpa, Honduras.

Boletín Oficial del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, bisemanal. Madrid España.

Athenea, Revista quincenal. San José, Costa Rica.

Ego Sum Magister, Organo de la Sociedad «Unión Profesional Normalista». Revista Mensual, Guatemala, Guat.

Boletín de la Biblioteca Nacional, San José, Costa Rica.

Armonía Social, Revisia Mensual. León, Gto., Mexico.

Inter América, Revista Mensual. New York, E. U. A.

Boletín de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias y Artes. Cadiz, España.

Revista La Salle, mensual. Panamá, Rep. de Panamá.

Los Vecinos, mensual. Los Angeles, California.

Reproducción, números 49 y 50. San José Costa Rica.

Ariel, Revista Mensual. Guayaquil, Ecuador.

Juan Ramón Molina, Revista Literaria, Tegucigalpa, Honduras.

Boletín del Observatorio Meteorológico. Comayagüela, Honduras.

Mundo Ilustrado, Revista Mensual. San Salvador, El Salvador.

Centro América, Organo de la Of. Internac. Centro Americana. Guatemala.

Boletín de la Unión Panamericana, Mensual. Washington E. U. A.

Boletín de la Cámara Oficial del Libro, Barcelona, España.

Juventud, Revista Mensual. San Luis Potosí, Mexico.

Repertorio Americano, quincenal. San José, Costa Rica.

Dá las gracias a todos

LA DIRECCIÓN